

palabra "Francia" salía a sus labios temblaban labios y palabra con la misma ternura que cuando decía "Guatemala" o "Libertad". No eran para él palabras que designaran una realidad objetiva, sino claves simbólicas, signos mágicos que aludían a realidades inconmensurables, mundos de ensueño en cuyo pórtico ponía él, noche y día, su corazón empapado de verde esperanza. Había crecido educado en el espíritu de Francia y aunque ese amor lo entregaba a la Enciclopedia y a la exaltación de 1789, también Versailles y Renoir, Racine y Rostand formaban parte del cuerpo siempre amado. Había aprendido de niño las aventuras de Telémaco y las máximas y peripecias de Monsieur de Salignac de la Mothe le eran familiares a los diez años.

Su otra pasión, y cuando hablaba de ella la sonrisa desaparecía, su otra pasión era España. España y su castillo dramático, España y sus ríos de sangre. Con cinco amigos como Muñoz Meany en las cancillerías del mundo, la historia de España habría sido otra en los últimos quince años. La legación de Guatemala en París no era solamente la casa de los guatemaltecos, tanto como de ellos lo era de los españoles republicanos. De todos los puntos de España y de Francia llegaba allí la carta del náutico español que levantaba la mano humilde hacia la nobleza hospitalaria del gran americano bondadoso: "Señor Muñoz Meany, yo soy un español perseguido..." Toda la servidumbre de la legación sabía que cuando uno de esos españoles llamaba a la puerta la puerta debía ser franqueada en el acto. ¡Qué manera la suya de tender la mano, de abrir los brazos al que sufría persecución de la falsa justicia! Si su sonrisa desaparecía y sus ojos se tornaban tristes al hablar de España, su instintiva inclinación a compenetrarse en el conflicto y el quebranto ajenos le hacía sentir como propio el drama de los expatriados. Francia era para él el mundo del espíritu, la ciudadela del pensamiento, el palacio en cuya torre la inteligencia, como un guardián, se mantenía en constante alerta. Pero España era la carne sufriente, la herida sin cesar regada por el ciego borbotón de la sangre, el huracán de la rebeldía humana rodando indómita siglo tras siglo. Y a lo lejos, al otro lado del mar, frente a Europa, estaba, palpitante y naciente, "nuestra América", y en ella, como pequeña isla de orgullo, Guatemala. ¡Se había hecho todavía tan poco en Guatemala! ¡Había que hacer tanto! ¡Si Jacobo tuviera un poco de suerte, como la tuvo Juan José!

Ha llegado la hora de separarnos, querido amigo ejemplar; nuestro breve paseo termina aquí. Sube tú lentamente esa suave colina y desciende por el otro lado hacia la patria más profunda. No colocaremos un ángel de tristeza en tu tumba. Todo lo que tú querías será salvado y engrandecido por el esfuerzo de todos. En tu Guatemala natal los "indiecitos" que queman incienso en la blanca iglesia de Cichicastenango con su obstinación milenaria, con su razón insobornable y silenciosa a las compañías extranjeras que devoran el plátano y arrojan con desprecio la cáscara contra la bandera de los nativos; Francia saldrá de este largo invierno nublado de amenazas y arribará a una primavera dulce y sin cañones en la cual todos soñaremos contigo; España tendrá también su día de

gloria y los que lo veamos diremos: Enrique Muñoz Meany no ha sido defraudado por el futuro que él amaba. Y a nadie se le dirá que tú has muerto. Tu nombre de hombre, no el de los cargos y jerarquías que te hicieron ocupar, seguirá sonando en mil lugares distintos, allí donde se trate de nobleza humana, de afán de libertad, de espiritualidad profunda. "¿Y Enrique Muñoz Meany?", preguntará la gente. Y diremos todos: "Está en Guatemala, ha vuelto a su Guatemala querida".

Y será verdad. Tú estarás allí, descansando para siempre, en medio de la eterna primavera.

París, diciembre, 1951.

x

Enrique Muñoz Meany

Colaboración de A. TORRES RIOSECO

Cuando llegué por primera vez a Guatemala una mañana de agosto de 1943 el licenciado Guillermo Toriello, que me esperaba en el aeropuerto, me informó que el día anterior me había esperado una delegación de estudiantes de leyes encabezada por el maestro Enrique Muñoz Meany. Yo había recibido poco tiempo antes unos interesantes estudios de preceptiva literaria del señor Muñoz Meany, y su nombre no me era por lo tanto desconocido.

El mismo día de mi llegada tuve el placer de recibirle en el Hotel San Carlos y de charlar con él. Me dió en los primeros momentos, la impresión de un joven singularmente culto, amable y cumplido, que, en presencia de un escritor extranjero deseaba establecer ese contacto preliminar de comprensión y simpatía precursor de la amistad. Poco a poco fué brotando en mí una onda cordial y vigorizante de afecto ante su palabra sincera y desnuda, sus ideas precisas, su sólida envergadura moral. En medio de un grupo heterogéneo de visitantes tuvo el cuidado de despedirse pronto, pidiéndome una entrevista para esa misma noche. Toda la tarde fué de animada charla. Algunos incansables bachilleres querían que les explicara la vida universitaria en los Estados Unidos; dos o tres periodistas, rotarios, y hasta "espías del gobierno", según me comunicó después uno de mis amigos.

Por la noche volvió Muñoz Meany y ya solos pudimos conversar largamente. Reconocí en él ahora un espíritu inquieto, preocupado profundamente por la situación política y cultural de su país. Era el último año de la tiranía de Ubico. La descomposición moral de Guatemala había llegado a su punto álgido. Más allá estaba la muerte. Muñoz Meany sentía este proceso en el alma y en los huesos. Si no le hubieran retenido su cultura y su fe en el pueblo de Guatemala seguramente se habría ido al extranjero. Pero una fe ciega en el destino de su patria le mantenía en su puesto.

El sufría en carne viva los males de Guatemala. El espectáculo del indio descalzo y hambriento le llenaba de pena; la miseria física y moral de su pueblo le oprimía. Todo esto lo admiraba yo en el calor de su palabra, en la terrible intensidad de sus ideas, porque exteriormente su serenidad era ejemplar. Con generosidad humana de-

ENTÉRESE

Los autores latinoamericanos que quieran vender sus libros a Universidades o instituciones culturales de los Estados Unidos, pueden dirigirse a

RÓMULO TOVAR

en 909 SO, New Hampshire Ave.

Los Angeles 6. California.

También se desean corresponsales en materias jurídicas latinoamericanas en los países del Continente y se ofrecen informes sobre asuntos de esa índole.

jó que otros me informaran de la parte más triste de ese momento histórico: la situación política de su patria; él se limitó a hablar de la educación del pueblo, de la necesidad de reorganizar la Universidad y en especial de crear la Facultad de Humanidades. Me di cuenta de que ese era el motivo principal de su interés en mi llegada. Muñoz Meany era el educador por excelencia y quería aprovechar mi visita para que sus compatriotas escucharan el mensaje que seguramente les traía otro educador americano. Me pidió que diera una conferencia en la Escuela de Leyes.

No me pude negar a su solicitud; habría sido traicionar la confianza que depositaba en mí. Dar una conferencia en tiempos de Ubico, sin permiso de las autoridades, era un signo de independencia cívica, casi un desafío. Le hice ver el peligro a que se exponían él y sus compañeros, pero no cambió de parecer. Buscamos un tema que no despertara la suspicacia de nadie y decidimos que un problema histórico pasaría inadvertido, y fué así como yo me presenté esa noche en el Salón de Honor de la Escuela de Leyes, a analizar "La condición del indio en América bajo el sistema de la encomienda".

¡Fué una noche memorable aquella! El Salón de Honor desbordaba de gente, de gente joven, que esperaba la voz de aliento de un escritor que, según la presentación de Meany, llevaba allí un mensaje. La presentación fué valiente y cálida; se oyeron allí frases que deben de haber hecho temblar a los temerosos: "Viene del México revolucionario, fecundo y libérrimo"; "despojada de sus siete velos ha visto con ojos comprensivos toda la realidad guatemalteca"; "ha escuchado del humilde jornalero el drama oscuro de su miseria". En seguida subí yo a la tribuna y hablé del crimen del conquistador y del encomendero: la destrucción del indio y su cultura. El público, inteligente y anheloso, hacía instantáneamente la transmutación de fechas y conceptos: El conquistador y encomendero se llamaba Ubico; la fecha era 1943.

Cuando volvimos al hotel, Muñoz Meany me dijo: "Ha sembrado Ud. la primera semilla en tierra fertilizada con lágrimas